Region 1 of the
Evangelical Lutheran Church in America
God's work. Our hands.

January 18th, 2025

A Statement on Immigration

As Lutherans, we are called to live out the teachings of Jesus Christ, who welcomed strangers and emphasized love, mercy, and justice for all people. We believe that every human being, regardless of their country of origin or legal status, is created in the image of God and has inherent dignity and worth. This foundational truth compels us to approach the issue of immigration with compassion and a commitment to the common good.

Scripture repeatedly instructs us to love our neighbor and show the stranger hospitality. God commands the people of Israel, "The foreigner residing among you must be treated as your native-born. Love them as yourself." (Leviticus 19:34).

Jesus parable of the Good Samaritan (Luke 10:25-37) shows us that caring for people in need is central to who we are as Christians. The parable also challenges us to acknowledge the goodness in all people because the foreigner" in the story is the one who acts in the most Christlike way. In light of these teachings, we advocate for an immigration policy that reflects Christ s love, recognizing that all people deserve respect and protection.

The Lutheran tradition emphasizes both mercy and justice. Justice requires everyone, including immigrants, to be treated fairly and equitably. While upholding the rule of law is important, it must not be done in ways that dehumanize or exploit vulnerable people. We are especially concerned about the possibility that places of worship, hospitals, and schools could be the target of deportation raids. A policy that allowed such raids would increase the suffering not only of undocumented people but also of many people who would fear being unjustly targeted and thus avoid those places. Denying people the opportunity to attend worship, be educated, or receive medical treatment violates individuals fundamental rights. We urge those in government and law enforcement who are responsible for the detention or deportation of undocumented persons to consider how their actions might be seen in the eyes of God.

We are all members of the same human family. Therefore, we approach immigration not merely as a political or legal issue but as a matter of human solidarity. The health and prosperity of the United States are intertwined with the contributions and lives of immigrants.

Immigrants bring diverse gifts and play an essential role in our communities and economies. Our immigration policies should reflect a commitment to the welfare of all, especially the most vulnerable.

As people who have received God s mercy and grace, we are called to extend that same mercy and grace to others. This means offering opportunities for new beginnings, particularly for those already present in the United States without legal documentation. A just immigration policy would provide pathways to citizenship for those who have lived in the U.S. for years, contributing to the country and integrating into our communities. It should also guarantee protection for those fleeing violence or persecution, ensure that immigrant families remain united, and make sure that children are not punished for their parents 'actions.

We are called, as individuals and as a society, to remember that the immigrants among us are not intruders or enemies but bearers of the image of God, deserving of our care, respect, and advocacy.

The Rev. Shelley Bryan Wee, Bishop, Northwest Washington Synod
The Rev. Richard Jaech, Bishop, Southwestern Washington Synod
The Rev. Dr. Laurie Jungling, Bishop, Montana Synod
The Rev. Laurie Larson Caesar, Bishop, Oregon Synod
The Rev. Dr. Meggan Manlove, Bishop, Northwest Intermountain Synod
The Rev. Timothy Oslovich, Bishop, Alaska Synod

Spanish:

Como personas que seguimos la tradición luterana, estamos llamadas a vivir las enseñanzas de Jesucristo, quien acogió a las personas extranjeras y enfatizó el amor, la misericordia y la justicia para todas las personas. Creemos que cada persona, independientemente de su país de origen o estatus legal, es creada a imagen de Dios y

tiene dignidad y valor inherentes. Esta verdad fundamental nos obliga a abordar el tema de la inmigración con compasión y un compromiso con el bien común.

Las Escrituras nos instruyen repetidamente a amar a nuestro prójimo y mostrar hospitalidad a la persona extranjera. Dios le ordena al pueblo de Israel: A la persona extranjera que resida entre ustedes la tratarán como nativa del lugar. Ámenla como a ustedes mismos" (Levítico 19:34).

La parábola en la que Jesús nos habla del Buen Samaritano (Lucas 10:25-37) nos muestra que cuidar de las personas necesitadas es acción fundamental de nuestra condición cristiana. La parábola también nos desafía a reconocer la bondad en todas las personas, porque en la parábola la persona extranjera" es quien actúa de la manera más cristiana. A la luz de estas enseñanzas, abogamos por una política de inmigración que refleje el amor de Cristo, reconociendo que todas las personas merecen respeto y protección.

La tradición luterana enfatiza tanto la misericordia como la justicia. La justicia requiere que todas las personas, incluidas las personas inmigrantes, sean tratadas de manera justa y equitativa. Si bien es importante defender el estado de derecho, no debe hacerse de manera que deshumanice o explote a las personas vulnerables. Tenemos preocupación especial por la posibilidad de que los lugares de culto, los hospitales y las escuelas puedan ser el objetivo de redadas de deportación. Una política que permitiera tales redadas aumentaría el sufrimiento no solo de las personas indocumentadas sino también de muchas personas que temerían ser injustamente el blanco de ataques y, por lo tanto, evitarían esos lugares. Negar a las personas la oportunidad de asistir al culto, educarse o recibir tratamiento médico viola los derechos fundamentales de las personas. A quienes en el gobierno y a las fuerzas del orden que son responsables de la detención o deportación de personas indocumentadas, les instamos a que consideren cómo sus acciones podrían ser vistas a los ojos de Dios. Todas las personas sin exclusión pertenecen a la misma familia humana. Por lo tanto, abordamos la inmigración no meramente como una cuestión política o legal sino como una cuestión de solidaridad humana. La salud y la prosperidad de los Estados Unidos están entrelazadas con las contribuciones y las vidas de las personas inmigrantes. Las personas inmigrantes aportan dones diversos y desempeñan un papel esencial en nuestras comunidades y economías. Nuestras políticas de inmigración deben reflejar un compromiso con el bienestar de toda persona, especialmente de las personas más vulnerables.

Como personas que hemos recibido la misericordia y la gracia de Dios, somos personas llamadas a extender esa misma misericordia y gracia a todas las demás personas. Esto

significa ofrecer oportunidades para nuevos comienzos, en particular para aquellas personas que ya están en los Estados Unidos sin documentación legal. Una política de inmigración justa brindaría vías para obtener la ciudadanía a quienes han vivido en los Estados Unidos durante años, contribuyendo al país, viviendo y participando en nuestras comunidades. También debería garantizar protección para quienes huyen de la violencia o la persecución, asegurar que las familias inmigrantes permanezcan unidas y asegurarse de que los niños y las niñas no sean castigados por las acciones de sus padres. Somos personas llamadas, de manera individual y también como sociedad, a recordar que las personas inmigrantes entre nosotras y nosotros no son personas intrusas ni enemigas, sino personas portadoras de la imagen de Dios, merecedoras de nuestro cuidado, respeto y defensa.

The Rev. Shelley Bryan Wee, Bishop, Northwest Washington Synod
The Rev. Richard Jaech, Bishop, Southwestern Washington Synod
The Rev. Dr. Laurie Jungling, Bishop, Montana Synod
The Rev. Laurie Larson Caesar, Bishop, Oregon Synod
The Rev. Dr. Meggan Manlove, Bishop, Northwest Intermountain Synod
The Rev. Timothy Oslovich, Bishop, Alaska Synod